

ROBERT KELLEY
EL MODELO CULTURAL
EN LA POLITICA
NORTAMERICANA



Hacer historia de las pautas generales de la política de un país es empresa especial que debe intentarse, no mediante prolija enumeración de acontecimientos, sino en los más profundos términos culturales, procurando captar la significación de la experiencia del país en cuestión.

En esta obra, Robert Kelley narra el surgimiento y el desarrollo del sistema de partidos que ha llegado a caracterizar la política de los Estados Unidos, con los factores étnicos, religiosos y culturales que lo forjaron, así como sus grandes personalidades. En una sociedad en que todos tienen una experiencia relativamente directa de la política, este tipo de historia gana una gran parte de su poder explicativo del hecho de que la visión que ofrece de la política se asemeja a las situaciones que pueden verse en la vida cotidiana.

El autor ha sido catedrático de historia de la política y la cultura de los Estados Unidos y, en 1976, año del bicentenario de la Independencia de aquel país, dio conferencias en la Asociación Histórica Norteamericana sobre el tema de este libro. Posteriormente fue profesor de historia de los Estados Unidos en la Universidad de Moscú.

Índice de contenido

Cubierta

El modelo cultural en la política norteamericana

Prefacio

Introducción

Primera parte. Los orígenes revolucionarios

I. La primera revolución: la independencia

II. La política revolucionaria en los estados

III. La segunda revolución: la Constitución Federal

Segunda parte. Los sistemas partidistas jeffersoniano y jacksoniano: 1789-1824, 1828-1854

IV. El sistema partidista jeffersoniano, 1789-1824

V. El sistema partidista jacksoniano, 1828-1854: el argumento económico

VI. El sistema partidista jacksoniano, 1828-1854: la dimensión cultural

Tercera parte. El sistema partidista de la Guerra Civil: 1856-1894

VII. Primera fase: realineamiento y desunión. 1856-1860

VIII. Segunda fase: la Guerra Civil y la reconstrucción, 1860-1877

Cuarta parte. En retrospectiva

IX. El primer siglo: la época de la política bipolar

Bibliografía

Notas

A la memoria de
RICHARD HOFSTADTER
1916-1970

Quien enseñara a los historiadores de la experiencia norteamericana a meditar sobre su política en términos culturales y los alentó, con el ejemplo de su propio academismo audaz, a buscar el significado de esa experiencia mediante la exploración de sus temas más amplios y sus problemas más duraderos.

El historiador tiene ante sí una disciplina que, por mucho que acumule conocimientos, experimenta una y otra vez, a través de las generaciones, la misma clase de discusiones y desacuerdos acerca de sus temas fundamentales... La tradición de su profesión no consiste tanto en la búsqueda de la perfección de unidades microscópicas de investigación, como en el intento de evaluación de ciertas cuestiones macroscópicas insistentes. Finalmente, el historiador debe ocuparse de temas tales como la Reforma, el Renacimiento, la Revolución industrial, de las guerras y las perturbaciones sociales, de los grandes puntos de inflexión de la experiencia humana, todavía inexplicados o explicados a medias, aun controvertibles... Y, sin embargo, el historiador no enfoca tales cuestiones con la esperanza de «resolverlas», de que la acumulación de conocimientos le permitirá hacer lo que toda la hermandad de historiadores no ha podido hacer aún, o siquiera de que haya algún procedimiento funcional para definir la «solución» de tales problemas... El historiador debe buscar en su propia tarea —tan grande en sus implicaciones, en extremo compleja, tan triunfante sobre sus esfuerzos profesionales y, sin embargo, tan formidablemente desafiante que el historiador debe emprenderla de nuevo— ni más ni menos que una representación microcómica de la propia situación humana.^[*]

RICHARD HOFSTADTER

PREFACIO

En esta época ha ocurrido una revolución en la forma en que los historiadores contemplan la política norteamericana: han descubierto su dimensión cultural. En consecuencia, han dotado de profundidad, riqueza y realismo un escenario que antes era de poca altura y unidimensional. Ahora leemos la «nueva historia política», no simplemente del conflicto de los intereses económicos, basados en cuestiones cuantificables referentes al ingreso y el beneficio, sino también de las controversias surgidas entre grupos étnicos, estilos de vida, ideologías, valores morales y credos religiosos. La historia de la política cultural, con su sensibilidad hacia lo emocional y lo racional de la naturaleza humana, revela que la vida pública norteamericana no es sólo una lucha sobre la política monetaria y los privilegios de las empresas. Es algo mucho más complejo: una especie de teatro folclórico nacional donde contienden enemigos antiguos, casi tribales.

Así pues, al estudiar la política norteamericana, ya no enfocamos sólo a los granjeros en lucha contra los banqueros y a los trabajadores en lucha contra los empleadores. Ahora vemos también a los escoceses-irlandeses enfrentados a los ingleses, a los católicos contra los protestantes, a los moravos alemanes contra los luteranos alemanes, a los pietistas contra los librepensadores, a los negros contra los blancos, a los chicanos contra los WASP (blancos-anglosajones-protestantes), a los abstemios contra los bebedores, y a los yanquis contra los sureños. La política norteamericana es un escenario dramático lleno de acción simbólica. Su reparto de personajes es mucho más diverso que el de la

historiografía tradicional, y su diálogo está muy recargado de referencias al bien y al mal, a la corrupción, a los temores y odios heredados, al comportamiento moral y a la imagen nacional.

La época actual del academismo es especialmente propicia para el examen de la vida pública norteamericana. La política nacional orientada hacia la controversia, revivió en los años sesenta, tras la relativa quietud de la época de Eisenhower. Los académicos retornaron vigorosamente al examen de este campo. La bibliografía histórica sobre la política norteamericana es ahora muy rica y voluminosa. Después de 1965 se han publicado centenares de libros y artículos sobre aspectos y periodos diferentes del pasado político norteamericano. En consecuencia, nuestra concepción tradicional de la naturaleza y la evolución de los partidos políticos norteamericanos se ha vuelto obsoleta en casi todos sus aspectos.

Hace algunos años, cuando realizaba yo un estudio comparativo de los demócratas de los Estados Unidos y los liberales de Gran Bretaña y Canadá durante el siglo XIX, me pareció que cada vez se aproximaba más una nueva síntesis. Mientras estudiaba la retórica de los partidos y trataba de deducir el patrón interno de su ideología, percibí dos visiones distintas del mundo; una formaba la perspectiva de los liberales y los demócratas, la otra formaba la perspectiva de los conservadores y los republicanos. Al mismo tiempo, al observar dónde obtenían sus votos los políticos de estos países, podían considerarse nexos, hasta ahora insospechados, entre las ideas de los líderes del partido y los intereses culturales y económicos de los grupos de votantes descritos por la «nueva historia política». En otras palabras, la historia intelectual anterior de la política, que se concentra en la aclaración de las ideologías de la élite política, podría unirse con provecho a los estudios nuevos que enfocan el comportamiento de votación de las masas, es decir, en

los alineamientos políticos de los grupos étnicos y de otros grupos culturales.

Desde entonces me he propuesto verificar durante los dos siglos transcurridos desde la revolución hasta Watergate los patrones que pareció revelar este estudio anterior. Por supuesto, se corren riesgos cuando se escribe una historia con un campo de examen tan extenso. La narración del curso de los acontecimientos ocurridos durante largo tiempo hace que resulte imposible dejar de minimizar las complicaciones, de nivelar un terreno que, en un examen más minucioso, aparecerá claramente irregular. El autor debe destilar y comprimir, para erigir así una estructura de interpretación ordenada y coherente. Sin embargo, como previno hace mucho tiempo William James, ningún esquema conceptual está completo. Las teorías, observó James, gotean en cada juntura. La vida es pluralista, y aun las fórmulas elaboradas con mayor cuidado siempre dejan algo fuera, así sea sólo porque nuestro lenguaje es un reflejo imperfecto, no una materialización de la realidad, y debemos pensar con las palabras de que disponemos. Además, nuestras propias perspectivas son siempre limitadas. Es obvio que se omitirán muchas cosas que, en opinión de otros, debieran haberse incluido.

Pero estas dificultades son inevitables y, sin dejar de reconocerlas, debemos tratar todavía de buscar patrones más amplios, de encontrar la forma de la envoltura y la naturaleza de las cosas. En efecto, cuando adoptamos perspectivas largas podemos ver cosas que de otro modo quedarían ocultas. La ganancia potencial del entendimiento justifica los riesgos de la espera para quienes pintan grandes marcos de referencia. En este caso, me parece que el examen de los dos siglos de política norteamericana, revela algunas cosas que hasta ahora habían pasado inadvertidas.

Lo que parece es que en la política de la nación hay, en efecto, un patrón cultural muy marcado que surgió desde el inicio de su vida y que, en sus lineamientos más genera-

les, ha perdurado durante doscientos años. Este patrón involucra las ideas y los votantes. Los federalistas contemplaban la naturaleza humana, la sociedad y el mundo en cierto modo, y los republicanos jeffersonianos los contemplaban de otro modo. Hasta ahora, estas mismas perspectivas diferentes de la vida identifican, en términos generales, las convicciones republicana y demócrata. Además, en cuanto tomaron forma los partidos políticos nacionales, y así dieron expresión pública a sentimientos preexistentes, se hizo evidente que, por antiguas razones, ciertas clases de personas ya estaban enfrentadas hostilmente entre sí. Separadas por sus identidades étnicas y religiosas y sus formas de vida, estas personas clavaron una mirada imperturbable sobre sus enemigos tradicionales. Así pues, en cierto sentido, la actitud política de los individuos se determina por las cosas (y las personas) *contra* las cuales se manifiesta, antes que por las cosas que favorece. En virtud de que las hostilidades culturales están tan profundamente arraigadas, tan completamente incrustadas en cada uno de los pueblos de la nación que parecen formar parte de su propio ser, el sistema de partidos —basado en buena parte en estos sentimientos—, ha permanecido notablemente inmutable a través de las generaciones. Las rivalidades económicas fundamentales que también aparecieron al principio de la política nacional y que han perdurado desde entonces, así sea en formas modificadas, agravaron estos conflictos culturales y se interrelacionaron con ellos.

Para la mayoría de los norteamericanos, la política, aparte de ser una manifestación aparentemente cínica de la búsqueda del poder y la caza de los beneficios, se presenta en una forma tan fragmentada y embrollada, que parece carecer de orden y coherencia. Sin embargo, toda actividad humana tiene una estructura y un propósito, por oscurecidos que puedan estar por nuestro hábito de mirar las cosas en términos inmediatos y por el pequeño fragmento de la política nacional que presenciamos durante nuestras vidas

individuales. En este sentido, la historia política cultural se asemeja al puntillismo en la pintura. Puntos de diferentes colores cubren toda la superficie de la tela, y quien se parezca de ella no verá ningún patrón. Pero desde cierta distancia, se pone en evidencia que los colores están amasados en ciertas líneas y formas, y así surge la imagen subyacente. Así ocurre en el caso de la política norteamericana: para ver su forma se requiere de un enfoque lo suficientemente distante y amplio. Es importante que tratemos de hacer esto de tiempo en tiempo, porque como país democrático conviene a nuestro esfuerzo común de autogobierno que entendamos a fondo nuestra naturaleza. Cuando comprendemos mal nuestra política, nos entendemos mal a nosotros mismos. En términos más amplios, hay también una lección humana importante por aprender del descubrimiento de que tiene sentido uno de los aspectos principales de nuestras vidas, aunque parezca confuso en la superficie. Así pues, un entendimiento más correcto de lo que hemos venido buscando en nuestra política, y para qué propósitos, puede servir a muchos fines buenos, personales e individuales tanto como públicos y sociales. Espero que este libro contribuya a ese mejor entendimiento.

La historia política cultural es relativamente nueva, y el siguiente texto tiene varios aspectos novedosos. He escrito un ensayo introductorio para quienes gustarían de leer una discusión sobre los conceptos centrales del libro y aprender algo acerca del significado, los orígenes y las implicaciones filosóficas de la historia política cultural. Quienes prefieran introducirse directamente en la narrativa del libro y extraer sus implicaciones a medida que avanzan, deberán empezar por la Primera Parte, donde exploro los orígenes y las etapas iniciales de la política nacional en el periodo Revolucionario y Constitucional. La Segunda Parte narra el nacimiento y la evolución del sistema bipartidista durante el sistema partidista jeffersoniano o primero, y el sistema jacksoniano o segundo, del periodo que va de 1790 a 1850. La Tercera

Parte se ocupa de la época de la segunda revolución norteamericana (para utilizar el concepto de Charles Beard, todavía válido, aunque mi tratamiento de tal época es diferente), la de la Guerra Civil y la Reconstrucción. Durante estos años tomó forma el sistema partidista de la Guerra Civil, o tercero. La Cuarta Parte constituye una visión retrospectiva de este primer siglo de política nacional, para unir y aclarar lo que hemos visto en esta historia tan compleja.

En los primeros años del segundo siglo de la nación, después de 1877, que sería tema de otro interesante estudio, surgió un nuevo Estados Unidos y con él, un nuevo marco de referencia para la política. Profundas reorientaciones ocurrieron dentro de la economía nacional y la estructura cultural del país, cambios que crearon una política considerablemente más compleja y multipolar. Así pues, aunque el sistema partidista de la Guerra Civil perduró hasta la gran depresión del decenio de 1890, no puede pasarse por alto la Época Dorada. Tal época requiere un examen cuidadoso, ya que debe entenderse como el inicio de un orden nuevo.

Tengo muchas deudas relacionadas con la elaboración de este libro. Su dedicatoria señala al académico que proveyó un modelo desafiante para una generación de historiadores norteamericanos. Aunque no tuve la fortuna de asistir a los seminarios de Richard Hofstadter, aprendí de sus libros, y así me convertí en su alumno. Esta clase de alumnos forma ya una compañía numerosa, y con esta dedicatoria estoy tratando de rendir homenaje a su memoria en nombre de mis compañeros. Cuando era yo un estudiante graduado hace muchos años, los escritos de Hofstadter me encaminaron en la dirección que he seguido desde entonces. La vida nos llevó a una relación personal en la que Hofstadter me alentó a escribir un libro que apareció en 1969, y durante su redacción me ayudó amablemente. Sé que este trabajo sería un mejor libro si hubiese podido contar de nuevo con su asistencia. Segada su vida durante 1970, cuando todavía se encontraba en plena producción,

Hofstadter dejó tras de sí sus propios monumentos en su obra académica. Tales monumentos reflejan fielmente el encargo que formuló a los historiadores en 1956, el que he citado a continuación de la dedicatoria. Siempre me ha parecido que esta exhortación ilumina con gran claridad, y con la sabiduría que constituye la marca del academismo humanitario, el espíritu que debe animar nuestros esfuerzos.

En Alfred A. Knopf, Inc., Ashbel Green ha aportado su buen sentido editorial y su aliento acostumbrado, David Follmer dio un apoyo importante a la idea del libro, y Dorchen Leidholdt supervisó en la edición en inglés con consideración y habilidad el avance del manuscrito en la imprenta. El Fondo Nacional para las Humanidades me concedió una beca en 1975-1976, y el Instituto de Humanidades de la Universidad de California me concedió una beca de verano en 1976. Estos donativos me dieron la libertad necesaria para realizar gran parte de la investigación que sirve de base a este estudio, aunque algunas de sus concepciones más fundamentales derivan de las perspectivas obtenidas en la redacción de libros anteriores. A lo largo de muchos años, en mis cursos y seminarios sobre la historia intelectual y política norteamericana expuestos en la Universidad de California, Santa Bárbara, he podido realizar un profundo intercambio de opiniones con mis alumnos sobre la postura interpretativa desarrollada en este libro y sus antecesores. Tengo con ellos una deuda muy grande.

En 1976, Allan C. Bogue, de la Universidad de Wisconsin, Madison, y Jacob M. Price, Universidad de Michigan, Ann Arbor, en su calidad de directores de programa de la Reunión Anual de 1976 (Washington, D. C.) de la Asociación Norteamericana de Historia, me invitaron a hablar ante ese auditorio sobre el tema general de este estudio, dentro de la serie de conferencias titulada «La Experiencia Norteamericana». Esto me dio una oportunidad para reunir en una presentación resumida los puntos principales que empeza-

ban a aclararse acerca del curso de la vida pública durante los dos primeros siglos de la nación, un proceso que abrió nuevas perspectivas y afectó en sentidos importantes la estructura conceptual de este libro. En esa ocasión, Geoffrey Blodgett (Oberlin College), Ronald P. Formisano (Universidad Clark) y Willie Lee Rose (Universidad Johns Hopkins) formularon valiosos comentarios sobre mi conferencia, y Otto Pflanze (Universidad de Indiana), editor de *The American Historical Review*, publicó amablemente la conferencia y los comentarios, lo que ha generado útiles intercambios posteriores con algunos académicos.

En diversos momentos envié borradores de algunos capítulos a mis colegas, cuyo consejo ha sido esencial: John Higham, Universidad Johns Hopkins; Paul Kleppner, Universidad del Norte de Illinois; William G. Shade, Universidad Lehigh; Richard Jensen, Universidad de Illinois, Círculo de Chicago y Biblioteca Newberry; Stephen E. Patterson, Universidad de Nueva Brunswick; Gordon W. Wood, Universidad Brown; Merrill D. Peterson, Universidad de Virginia, quien como presidente de la sesión de la Asociación Norteamericana de Historia hizo algunos comentarios sobre mi ensayo del bicentenario; Owen S. Ireland, Universidad Estatal de Nueva York, Brockport; Gary B. Nash, Universidad de California, Los Ángeles; Alfred F. Young, Universidad del Norte de Illinois; Carl Anderson, Universidad de Texas, El Paso, quien formuló sus comentarios en respuesta a una conferencia que dicté en esa institución; Joyce Appleby, Universidad Estatal de San Diego; H. James Henderson, Universidad Estatal de Oklahoma; James H. Hutson, Biblioteca del Congreso; Eric Foner, City College de Nueva York; Jackson Turner Main, Universidad Estatal de Nueva York, Stony Brook; Carl N. Degler, Universidad de Stanford; James McPherson, Universidad de Princeton, y mis colegas de la Universidad de California, Santa Bárbara, Otis L. Graham, Jr., Morton Borden, Elvin Hatch, W. Elliot Brownlee y Carl Harris. Espero me crean cuando les aseguro que

sus consejos han sido bien aprovechados. La comunidad académica es real y bondadosamente intencionada. Shirley Bruce Henderson aportó sus valiosas habilidades editoriales en la Primera Parte que se ocupa del periodo Revolucionario y Constitucional.

En una obra de esta clase, dependemos sobre todo de las investigaciones históricas de centenares de colegas. Quiero dejar bien clara mi deuda con todos ellos. La vitalidad de la disciplina histórica es un fenómeno notable. Lo mismo ocurre con la estrecha interconexión existente entre sus representantes principales, de modo que el avance del conocimiento histórico es razonablemente coherente e interconectado.

Mis pensamientos más cálidos en conexión con esta empresa se dirigen hacia mi esposa Madge. En una conversación de muchos años, he disfrutado su atención amable, su consejo, y su gusto por el estilo y la presentación lúcida. En momentos arrancados a sus propios estudios y escritos, ella ha leído repetidos borradores, escuchado y reaccionado ante diferentes versiones de los temas del libro ante muchos auditorios, y me ha alentado en todas circunstancias. La bibliografía es su contribución más directa, pero su influencia indirecta está presente por todas partes.

R. K.

Universidad de California,
Santa Bárbara, febrero de 1978